Xabier Gutiérrez

De entre el humo

DESTINO

De entre el humo

Xabier Gutiérrez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1467

© Xabier Gutiérrez, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-233-5554-9
Depósito legal: B. 6.595-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Bosque de Oma, Reserva Natural de Urdaibai (Euskadi).
Un año antes. Al atardecer

Las sombras de los árboles pintados, inmóviles, eran estilizadas. El sol se despedía de su jornada de trabajo jugando al escondite con algunas nubes. Pasados unos minutos cerró la puerta de luz del horizonte como si fuera la de su oficina. Una especie de balconada, delante del bosque, hacía de las pinturas un espectáculo de arte y naturaleza a partes iguales. La penumbra se estaba apoderando del espacio con rapidez.

La textura de los ojos pintados en los árboles era eterna de musgo. Una visión de coral. Sus distintas alturas componían una estructura de vigías atentos al visitante. Parecían alargadas esculturas, y desafiantes. La delicada textura de la corteza de los árboles daba a las figuras aspereza y bondad. El hombre se sentía, en todo momento, indiscretamente vigilado por ellos.

El tono rojizo del anochecer era palpitante y melancólico. Potente y frágil.

La humedad de la hierba hizo levantarse a Miguel, que permaneció con la mirada puesta en los enormes troncos pintados. Parecía que aquellos ojos lo miraban con temor. Sintió que solo lo observaban a él.

Hacía dos horas que había coincidido con un grupo

de turistas que visitaba el bosque. No soportaba más compañía que aquellos árboles dramáticos que ahora actuaban como escoltas. Había rehuido a los visitantes con discreción.

Miró a su alrededor y vio cómo el último de los autobuses donde habían venido los turistas abandonaba el lugar. El polvo del camino se fue disipando mientras el vehículo se alejaba traqueteando por la rampa de piedra de acceso al lugar. Unos segundos más tarde solo quedaba ya la pequeña nube de polvo disipándose mientras dejaba espacio al sonido de la brisa. El colorido de aquel escenario, cada vez más rojo oscuro.

El bosque de ramas mecidas por el viento insistía en poner su relajante y repetitiva música.

La oscuridad fue llegando.

Miguel ya lo había previsto, y palpó por encima del bolsillo del pantalón su linterna para asegurarse de que el camino de vuelta al aparcamiento no fuera un problema. Pero todavía no. Volvió a sentarse y pensó en deleitarse con aquel momento a oscuras, a sabiendas de que los árboles lo estaban protegiendo. Sintió la emoción del momento en una comunión extrasensorial con el pasado de un bosque humanizado, repleto de miradas inexplicables representadas en aquellos enigmáticos árboles pintados con ojos. Y también de figuras antropomórficas partidas por la mitad que, dependiendo de la distancia, cambiaban, completándose o destruyéndose entre ellas en un juego irreal y sugerente. Un escenario teatral y misterioso.

Sintió una soledad absoluta. Atrás quedaron en su mente todos los demás pensamientos. Aquel lugar lo atraía como un imán. Respiró con profundidad.

El ladrido de un perro cruzó el espacio sonoro. Se escuchó muy a lo lejos, pero no lo suficiente como para que Miguel no volviera la cabeza. La oscuridad lo interrogó desafiante. El ladrido provenía de la ladera de la

montaña, donde se encontraba el comienzo de los impresionantes ojos pintados en los árboles: la entrada a aquel misterioso lugar, armonía litúrgica del pensamiento humano con la naturaleza.

El cielo estrellado enmarcaba las esculturas dibujadas sobre los árboles. Sus siluetas contra el azul rojizo, muy oscuro, habían hecho que todos sus detalles se borraran. Los árboles parecieron murmurar algo, pero no fue más que el ulular del viento.

Otro ladrido resonó en el aire. Esta vez se oyó un poco más cerca. Por primera vez desde que estaba allí, se inquietó.

La tranquilidad de la que había disfrutado mientras realizaba sus habituales paseos por la zona se estaba evaporando con rapidez. Ver el anochecer con la única compañía de la mezcla entre pintura y escultura del Bosque de Oma le estaba empezando a dar malas vibraciones.

Se levantó con diligencia. La oscuridad ya era casi total. Entornó los ojos, pero ni siquiera ese gesto logró que se esclareciera el paisaje. Solo consiguió que se volviera aún más enigmático. En unos minutos la senda se había vuelto casi imperceptible. El camino se mimetizaba con el campo y diluía sus límites. En ese momento encendió la linterna. Todas las sombras requerían luz. Miguel giró las manos en dirección a la madera pintada. Las miradas pintadas se cruzaron. Los árboles parecían atraerlo.

Se mantuvo así unos segundos. Los que tardó en oír de nuevo un ladrido. Pero esta vez, bastante más cercano que los anteriores. Casi a la par, se oyó otro más.

El matiz había sido distinto, y Miguel pensó que había más perros y que se comunicaban entre ellos.

Recordó, en un intento de calmarse, que a veces solía ver perros sueltos por las inmediaciones, aunque nunca le había dado la menor importancia. Hasta ahora. Señaló el sendero con el haz de su linterna y comenzó a caminar cuesta arriba.

Después de unos minutos se paró a cierta distancia y echó un vistazo rápido a las siluetas de las esculturas pintadas sobre los árboles vivos. Pero fue, más que nada, una recreación mental, porque se encontraba demasiado lejos como para distinguirlas.

Comenzó un tramo de leve bajada. Por unos instantes, los árboles pintados desaparecieron de su campo visual. Unos metros más adelante pasó ante la primera indicación en madera que señalaba la proximidad de la salida del bosque. Hacía ya un buen rato que no oía más ladridos y eso lo relajó.

Pero la calma duró unos instantes.

El siguiente ladrido fue muy cercano. Lo suficiente como para girar la mitad del cuerpo con rapidez y dirigir la linterna hacia el lugar de donde creyó que provenía el sonido. Pero no fue capaz de ver nada. Solo cuando movió el haz de su linterna pudo intuir algo. Una sombra que desapareció por entre uno de los matorrales que escoltaban el camino.

Aquello le estaba poniendo especialmente nervioso. Las pulsaciones se le habían disparado. Notó una opresión en el pecho que acrecentó su nerviosismo.

Aceleró el paso y continuó siguiendo la línea del sendero. Esperaba llegar cuanto antes a la zona de asfaltado y encontrar allí su coche. Los escasos minutos de noche habían sido suficientes para darse cuenta de que aquel lugar le estaba siendo hostil. Pensó que la noche pertenecía a los espíritus del lugar. Que él era un intruso. Y, por alguna razón que desconocía, no era bienvenido. Imaginó que la noche era el momento íntimo de los antiguos habitantes del lugar, lejos de las miradas de los turistas. Se convenció de que estaba profanando aquel instante sagrado. Y de que los perros eran los cancerberos de un averno verde que le estaban enseñando el camino de salida.

O algo más.

El corazón le latía desbocado. Mientras intentaba borrar de su mente aquellas elucubraciones, que eran fruto de un temor que iba en aumento, aceleró aún más el paso. Pero enseguida se dio cuenta de que era demasiado tarde.

Esta vez el ladrido fue ronco, y llegó acompañado por un tremendo gruñido que dejó clara la intención del animal.

Miguel enfocó la figura del pastor belga. El tono negro azabache y brillante de su pelo tenía el mismo color de la noche. La blancura de sus desafiantes incisivos resaltó en aquella oscuridad. Se encontraba delante de él. Diez metros escasos los separaban. Sus ojos brillaban y no dejaba de gruñir.

Miguel retrocedió. Su ritmo cardiaco era desacompasado. Sintió un dolor extremo en el pecho, que le recorrió el brazo izquierdo.

Una réplica del gruñido en el lado opuesto le hizo volver la mano e iluminar otra zona del camino. Esta vez fue incapaz de saber de qué raza era el perro. Solo vio sus ojos brillantes.

Volvió la vista hacia el primer perro, pero este había desaparecido. El dolor del pecho era tan intenso que hizo que Miguel se arrodillase.

Al cabo de dos segundos, sintió un golpe terrible en el cuello. Y vino desde la izquierda. Ni siquiera lo vio venir. Terminó de caer al suelo con brusquedad y, en el envite, perdió la linterna. Esta se quedó enfocando la mitad de la escena, matizada por varias piedras que jalonaban el camino. Pareció iluminar solo una esquina del dantesco proscenio. El dolor había hecho que Miguel casi perdiera el conocimiento.

Intentó liberarse sujetando la mandíbula del perro. Pero no fue capaz. Solo lo pensó inconexamente. El perro había hecho presa en su delgado cuello. Su complexión poco corpulenta y desgarbada no contribuyó a que fuera capaz de deshacerse del animal.

La presión en la tráquea lo dejó sin respiración en pocos segundos. Su final fue sobrecogedor, con los perros encima de él. Le desgarraron una parte pequeña del brazo derecho.

Sus últimas fuerzas las utilizó para intentar separar al perro que le apresaba el cuello. Sintió que el dolor agudo en el pecho lo había abatido por completo.

La última visión de los ojos de Miguel fue la del pastor belga malinois. El hocico oscuro y muy brillante del animal se reflejó en el haz de la linterna. Después todo fue un fundido a negro.

A los pocos instantes se oyó un silbido y los dos perros obedecieron al instante. Soltaron a su presa y se acercaron sumisos al pie de su dueño.

Una segunda linterna se encendió e iluminó el cadáver de Miguel para cerciorarse de la eficacia de la acción de los perros. La sangre le resbaló por el cuello.

Se oyeron las pisadas alejándose del lugar. La magia de aquel paraje permanecía intacta.

2

San Sebastián, enero de 2021

Claude Miraud aspiró el humo de su pipa. El perfume del tabaco, aromatizado por él mismo con hierbabuena y tequila añejo, inundó su garganta y parte de la estancia. Había terminado de desayunar. Estiró la mano y tocó el cristal cercano de la ventana del balcón de la habitación. Estaba caliente. A pesar de estar cerrada, el olor de una taquería cercana se filtraba por algún resquicio, dando un toque de maíz tostado a toda la estancia. Desde allí podía observarse, al fondo y doblando la esquina, en el paseo de Montejo, el ajetreo de personas. La ciudad de Mérida, en plena península de Yucatán, había amanecido con el sol típico de México. Sincero y abrasador. Lleno de color.

Miró hacia la habitación que compartía con su mujer, Françoise Clavert. Experta en arte mesoamericano, trabajaba en unas excavaciones cercanas. Llevaban casados poco tiempo. Una historia de amor a primera vista, joven y profunda, sería el resumen preciso. El calor del país había añadido color a su relación.

En la habitación de al lado se encontraba su hijo, de casi cuatro años, Pierre. Tanto él como Françoise dormían profundamente. La noche anterior, la fiebre del niño había hecho que el matrimonio se levantara para atenderlo bastantes más veces de las deseadas.

Claude imaginó con seguridad que cuando volviera del trabajo el niño estaría dando brincos por la casa. Casi siempre pasa así. Los chavales enferman y sanan con rapidez.

Recogió la taza y la dejó en la cocina. Con delicadeza, se acercó al lecho y le dio un beso en la cabeza, que apenas asomaba por entre las sábanas. Le puso la mano en la frente y notó con agrado que su temperatura era normal. Sonrió para sí mismo. Mantuvo la puerta medio abierta y se acercó a la habitación de su mujer. Se inclinó hacia su cara pensando que todavía dormía. Ella lo agarró por el cuello casi por sorpresa y lo besó en los labios con mucho cariño y una sonrisa sincera.

—Creía que dormías —dijo Claude.

—Te he notado entrar. ¿Has mirado a Pierre? ¿Cómo se encuentra?

—Está durmiendo. Ahora no tiene fiebre. Le iba a dar algo para bajársela, pero creo que no es necesario. Ya verás como se despierta mejor. Los críos son así.

—Claro.

—No vendré hasta la noche —dijo él—. Tú hoy no trabajas, ¿verdad?

La mujer negó con la cabeza.

—Perfecto para cuidar del niño.

Françoise asintió con una sonrisa a escasos centímetros de los labios de su marido.

—Pero espero que para mañana esté bien porque tengo que ir a Uxmal sin falta. Me esperan varias reuniones sobre las nuevas excavaciones. Hay un arqueólogo nuevo que ha venido de Perú con el que tengo que cotejar datos. Ya sabes que soy la única historiadora del arte del grupo de trabajo —dijo Françoise—. No puedo dejar mis tareas en manos de los arqueólogos o los antropólogos —añadió sonriendo burlonamente.

—Seguro que estará bien —dijo el hombre, amagando un beso en la mejilla. Ella lo redireccionó hacia sus labios.